

LA NOVELA



METRO-GOLDWYN-MAYER

IBERICA S.A.

**El Caballero
pirata**

Ramón Novarro
Marceline Day



LA NOVELA METRO-GOLDWYN-MAYER

IBÉRICA, S. A.

Año II Publicación Semanal de argumentos

Núm. de películas de 25

57 METRO GOLDWYN MAYER Cénsts.

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18551 - Barcelona

El Caballero Pirata

Novela de aventuras interpretada por
RAMÓN NOVARRO y MARCELINE DA



Producción

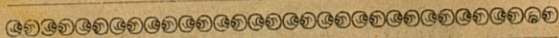
Metro - Goldwyn - Mayer

DISTRIBUIDA POR

METRO - GOLDWYN - MAYER
IBÉRICA, S. A.

MALLORCA, 220 - BARCELONA





El Caballero Pirata

Argumento de la película

En una isla del mar Caribe se alzaba la casa solariega de los señores de Castillo, antiguos propietarios de la isla donde había reinado siempre la armonía y la paz.

Pero a principio del siglo XIX un usurpador, en connivencia con los piratas que infestaban aquellas aguas, se constituyó ilegalmente en autoridad suprema del territorio.

La vida social y la cortesía habían sido suplantadas por la grosería de la plebe.

Y la galantería de los caballeros había sido reemplazada por las groseras blasfemias de los piratas y contrabandistas que reinaban en aquellas aguas.

Don Sebastián, un antiguo aventurero de distinguidos modales, pero a pesar de los cuales se echaba de ver sus crueles instintos, se

había apoderado de la isla y, único señor, administraba la justicia a su antojo.

Esclavo de la falsa cortesía de que hacía alarde, y con un fin bien concreto, toleraba a los antiguos señores de Castillo, a los que, sin embargo, había reducido a la pobreza para evitar que pudieran comprarse adeptos.

Popolo era el fiel lugarteniente de don Sebastián, por el que se dejaría matar.

Algo le manifestó aquel día al oído, pues brillándole como nunca los ojos, don Sebastián le abrazó y montando a caballo se encaminó hacia la casa de los Castillo.

Llegados junto a la puerta de la misma, Popolo, sonriendo a su señor, tiró de la campanilla.

Los Castillo se estremecieron al enterarse de que era don Sebastián quien iba a visitarles.

Eran dos hermanos, don Carlos y Lucía, con los que vivía un monje, según la tradición.

Don Carlos estaba enfermo del corazón y hacía varios días que se veía obligado a guardar cama.

Pero al saber que era don Sebastián quien llegaba, dijo a su hermana:

—¡Pronto, Lucía, ayúdame a levantarme!

No quiero que ese hombre me vea un solo momento abatido, ni aun estando postrado por la enfermedad.

El monje trató de oponerse a la temeraria pretensión de don Carlos, mas éste insistió en ella y no hubo más remedio que complacerle.

Mientras don Sebastián esperaba que le franqueasen la puerta, una criada de los Castillo, al servicio del aventurero, fué a entregarle unas cartas.

Y le dijo:

—La señorita me las ha confiado para hacerlas llegar secretamente a las autoridades de la Habana.

—Gracias, Rosa... Ven a verme luego a mi casa y te recompensaré como mereces — le contestó don Sebastián.

Se alejó la infame criada y el esbirro ocultó las cartas en un bolsillo. ¡Todos los planes de los Castillo se estrellaban contra el servicio de espionaje montado por él!

La traición de la criada tuvo un testigo, un leal adepto de los Castillo: el manco Castro, cuyo brazo desaparecido era suplido por un gancho.

Castro llamó con los nudillos a una puerta interior de la casa, para entrar en la habitación donde se hallaban los hermanos Castillo

y el monje; y don Carlos, al reconocer, en la llamada, a su honrado servidor, encargó al monje que le dijese que no se dejase ver por allí, para que no inspirase sospechas.

Poco después entró don Sebastián en la habitación de don Carlos, el cual se hallaba sentado en un sillón de alto dosel al lado de su hermana.

Don Sebastián extrañóse al ver a don Carlos levantado, pero, comprendiendo lo ocurrido, sonrió y le dijo:

—Es de lamentar su mal estado de salud, don Carlos... Me apena verdaderamente...

Don Carlos repuso altivo:

—Dios me sostiene todavía, como cabeza de mi casa, señor.

—Lo celebro...

Don Sebastián inclinóse ante Lucía y tomándole una mano trató de besársela, pero don Carlos puso una de las suyas encima de aquélla y así evitó la caricia del odiado enemigo.

Don Sebastián sonriéndoles cínicamente se plantó ante ellos a cierta distancia y sacóse del bolsillo las cartas interceptadas por la criada de Lucía.

¡Oh! Los Castillo se consideraron perdidos.
¡Ah, la miserable espía!

Tranquilamente don Sebastián abrió una de las cartas y leyó:

Honorable señor:

El gobierno de la isla se halla en poder de un aventurero que con ayuda de los piratas se ha erigido en señor de mis dominios.

Hasta ahora he esperado una ocasión oportuna para poderme alzar contra su poder. Es en vano, porque me siento morir.

En nombre de la misericordia apelo a usted para que nos ayude urgentemente.

Carlos Luis del Castillo

El tirano acercóse a don Carlos y le manifestó, mirando a Lucia, que temblaba:

—Se ha olvidado usted de algo importante, don Carlos. Se le olvidó decir que me casaré con su hermana... el día que usted muera.

Los Castillo se estremecieron de furor. ¡Ah, el villano!

Don Sebastián, gozándose en el tormento de los dos jóvenes, prosiguió, dirigiéndose a don Carlos:

—Sentiré mucho que no esté usted presente a nuestra boda.

Y don Carlos repuso:

—Por gracia de Dios, espero estar presente el día que lo ahorquen a usted.

—Muchas gracias por sus buenos deseos... que yo procuraré no se cumplan, lamentando extraordinariamente no poder complacerle.

Tras esto se alejó, dirigiendo una última mirada de deseo a Lucia.

Los dos hermanos quedaron muy abatidos, y el monje, apiadado de ellos, les dijo, con gran cautela:

—¡Valor, hijos míos!... Todavía nos queda una esperanza...

—¿Cuál, padre Salvador?

—Por un hermano marino que fué a Cuba hace meses envié al Gobierno de la Isla noticias de vuestro calvario.

—¡Oh, gracias, padre!

—Le di un anillo con vuestro escudo y así podréis indentificar al que venga a salvaros.

—¡Roguemos a Dios por que venga esa ayuda! — exclamó don Carlos, que desconfiaba ver por sus propios ojos tal beneficio de la Providencia.



El "Reina Isabel" navegaba por las peligrosísimas aguas del mar Caribe, con rumbo a la isla del Castillo,

A bordo iba un alegre muchacho que divertía a la tripulación con sus juegos de manos.

El capitán le había cobrado gran afecto y le trataba con respeto.

Pero ante la variedad de los juegos del mozo, le dijo, sorprendido:

—Pero, ¿usted es un embaucador, un caballero o qué?

El joven se le acercó cuanto pudo y murmuró al oído:

—Confidencialmente le diré que soy algo de todo eso... y hasta un poquito más.

La tripulación rodeó al alegre pasajero y de pronto el vigía de la nave gritó:

—¡Embarcaciones piratas a la vista!

Todos los marineros ocuparon sus puestos, desenfundando los cañones de defensa; pero era demasiado tarde: los corsarios besaban con sus barcasas el flanco derecho del barco y en un santiamén se hallaron sobre la borda del mismo, armados hasta los dientes.

El alegre pasajero apoderóse de un sable y lo blandió con maestría.

¡Había sonado la hora de rebanar cabezas!

‘La tripulación del “Reina Isabel” luchó heroicamente, pero fué vencida, después de perecer más de la mitad de la misma.

El ilusionista se portó como un valiente;

pero al fin, viéndose en un callejón sin salida, trepó por unas cuerdas y se arrojó al agua para ponerse en salvo.

Inútil empeño. Fué hecho prisionero y obligado a seguir en la nave asaltada hasta la isla del Castillo.

¡Qué coincidencia! ¡Cuán contento se pondría el optimista pasajero cuando viese que el barco seguía el rumbo que le correspondía!

El jefe de los corsarios había dicho a sus sicarios:

—Llevad a los prisioneros a la isla del Castillo. Don Sebastián tiene prisiones para todos ellos.

Pero el joven no le oyó, por lo que no sabía adónde iban.

Y cuando el barco ancló en la bahía y prisioneros y bultos de aquél fueron cargados en botes hacia la isla, el jefe recomendó:

—Cuidad mucho esos bultos, que os juro por mi nombre de Brazo Fuerte que valen lo que un cargamento de oro.

El festivo joven fué obligado, como los demás prisioneros, a transportar los bultos a la bodega de don Sebastián y le tocó en suerte cargar con un barril de aguardiente.

Un viejo indígena, incondicional de don Sebastián, se lamió los labios al ver el barrili-

to en cuestión; y el joven, asiéndose a un plan que le permitiría salir del apuro en que se hallaba, le hizo seña de que le siguiese.

Una vez el viejo y él en la bodega, le dijo:

—Vamos a beber un poco de este veneno, ¿eh?

Estaban ocultos por los bultos que habían sido acumulados allí, y al ver aparecer a don Sebastián y dar órdenes a los piratas de Brazo Fuerte y a los que estaban en la isla sirviéndole como perros, preguntó al viejo:

—¿Quién es ese tipo del sombrero blanco?

El viejo alcohólico le miró con asombro y repuso:

—¿De dónde sales tú que no conoces a don Sebastián, el amigo de los piratas?

—¡Sí, hombre, es verdad; ahora me acuerdo que le vi otra vez... en... en... alta mar, sí! ¡Qué memoria la mía!

—Ya sabrás que aquí no hay más amo que él.

—¡Eso lo sabe todo el mundo, viejo!

Unos sicarios de don Sebastián habían descubierto un arcón con valiosas joyas, procedente del "Reina Isabel", y uno de ellos estaba dispuesto a hacer correr más de la cuenta las manos.

Don Sebastián y Popolo le estuvieron con-

templando unos instantes, y al convencerse de las intenciones del infiel, que se disputaba con los demás piratas, Popolo le tiró un cuchillo, con tal puntería, que fué a clavarse en la mano del infeliz, la cual quedó adherida por la hoja de acero a la mesa encima de la cual estaba el arcón que despertara su codicia.

Luego se acercó Popolo y abofeteó al pecador.

—¡Ladrón!

También se aproximó don Sebastián; y al verle el cuitado se postró de hinojos y le suplicó su perdón.

—¡Piedad! Yo no hacía más que separar las mejores joyas para usted.

¿Sería verdad?

Don Sebastián no era un ignorante en materia de malos instintos; y ordenó a Popolo, quien sonrió siniestramente, viendo en imaginación la cuerda de los ahorcados colgando del patíbulo siempre dispuesto a recibir a una nueva víctima:

—Ya sabes mi ley para los ladrones.

¡Sería colgado!

Horrorizado, el alegre joven, considerándose en grave peligro si continuaba allí desnudo de cintura para arriba, como los prisioneros

del barco, propuso al viejo borracho, embau-
cándole con sus experimentos de sugestión:

—Te juego mi aguardiente a cambio de tus
ropas.

—¡Aceptado! — exclamó el borracho, vien-
do el cielo abierto... por sus ropas tan sólo...

Jugaron... y el viejo perdió hasta la cami-
sa... y no es exageración.

El joven vistióse las ropas del viejo, ropas
de gente del país, con las que no llamaría la
atención; y fué a reunirse con los hombres
que se divertían en el patio de la mansión
de los Castillo.

Se apoderó de una guitarra, que manos tor-
pes rasgueaban, y tocándola con sentimien-
to cantó así, ante la admiración general:

*Hermanos de mala vida
Quiero hacer una canción
Que os parezca divertida
Si no por su gracia viva
Por su pésima intención*

Popolo, que estaba con los sicarios de don
Sebastián, miró perplejo al joven y preguntó
por él al viejo desplumado:

—Te vi abrazándole... ¿Le conoces?

—Es uno de la banda de Brazo Fuerte de
la isla de Granez.

Buena referencia. Era amigo leal. Podía to-
lerar su presencia en el patio en orgía.

Y el joven siguió cantando, causando la hi-
laridad de los presentes:

*¡Piratas, oid mi canto!
En mis viajes al Polo
Una dama amóme tanto
Que una noche abríome el cuarto
Que su esposo dejó solo.*

*Y pensad qué desengaño
Para un pobre navegante.
En aquel país extraño
La noche de todas partes
Dura justo medio año.*

*Por eso yo dejé el Polo
Por eso y por un catarro
Y por eso aquí estoy solo
Solo con este guitarra.*

Una gentilísima visión apareció en lo alto
del patio. Era Lucia, que acababa de salir al
balcón del cuarto de su hermano.

—¡Por favor!... ¡Por favor!... Les ruego que
no hagan tanto ruido.

Don Carlos se hallaba peor y necesitaba re-
poso y para ello quietud.

El joven examinó con deleite a la visión y

preguntó al viejo, que no se apartaba de su lado:

—Esa bella joven nos ha hablado... No sé qué dice del ruido que armamos... ¿Quién es?

El beodo le miró de arriba abajo con aire de conmiseración y replicó:



“Hermanos de mala vida”...

—¿Qué te importa a ti esa joven? Es la señorita de Castillo.

—¡Ah! No sé de quien me habla.

—Buena moza, ¿eh? Pero, como todo lo de

aquí, esa mujer es propiedad de don Sebastián... o lo será pronto.

—¡Qué suerte tienen algunos pillos!

De pronto fueron echadas al vuelo unas campanas y Popolo gritó:

—¡Las diez! ¡Todos a sus puestos de guardia!

El joven no desperdició la ocasión de seguir a los guardianes por el dominio de los Castillo. Le interesaba saber dónde se colocaban... y acercarse lo más posible a los dos hermanos.

Se aferró, fingiéndose borracho perdido, a Popolo, y cuando llegó bajo una ventana, se dejó caer sobre la arena del jardín, al tiempo que le decía al lugarteniente de don Sebastián:

—Me parece que tengo varios pares de piernas... Voy a acostarme para contarlos.

Popolo le vió dormirse profundamente y siguió su camino... que era lo que el joven deseaba.



En el interior de la casa de los Castillo la criada infiel dijo a don Sebastián, que acechaba la menor ocasión para repetir a Lucía sus ansias amorosas:

—La señorita se retira a sus habitaciones.

El tirano decidió cerrarle el paso, pero antes que él lo hizo el joven, sin poder evitar que ella, no sospechando que no era un mal hombre, se asustase y lo rechazara llena de pavor.

El joven intentó seguir a Lucía, que huyó hacia su cuarto, para encerrarse en él bajo doble llave, pero se detuvo al ver surgir del ángulo de un marco al amo de todo.

Lucía, al ver a éste, le dijo, enojada:

—¿Usted y sus esbirros se proponen no dejarme un momento tranquila?

Don Sebastián le rodeó el talle con sus brazos y trató de besarla en la boca.

Indignado, el joven recurrió al recurso de romper bruscamente contra el suelo una maceta de adorno, y al ruido que la caída de aquélla causó, don Sebastián se apartó de Lu-

cia creyendo tener que entendérselas con un ladrón o un desmandado servidor que quería abusar de Lucía.

Llamó, para buscar al autor de lo ocurrido, a Popolo y a varios hombres.

Y mientras le buscaban, el joven, sin vacilar, tiró a los pies de Lucía una sortija y penetró en su habitación íntima, poco después de haberlo hecho ella.

¿Qué significaba aquella sortija?

¡Oh! ¡Y ostentaba el escudo de la casa! Entonces... ¡Sí! El joven debía ser el salvador esperado.

El joven la intimidó con su brusca reaparición y casi no quiso escucharle.

—¡Pero le digo a usted, señorita, que yo soy el hombre que ustedes esperaban! — repétiale esforzándose por convencerla.

Lucía dudaba... Eran tan malas las gentes de don Sebastián...

El joven insistió:

—Por su santo patrón le juro que soy el capitán de dragones José Recio y que vengo a esta isla en misión secreta comisionado por el gobernador de Cuba.

¡Oh! ¿Era posible tanta felicidad?

En aquellos momentos llamaron a la puerta de la habitación.

¡Qué situación!

¿Por dónde huiría el capitán, que no corriese el riesgo de ser descubierto?

El que llamaba era don Sebastián.

El capitán se apostó detrás de la puerta y escuchó.

El esbirro preguntó dulcemente:

—¿Está usted ahí, encantadora Lucía?

El capitán indicó a ésta la conveniencia de que se pusiera detrás de la puerta y contestase afirmativamente y cariñosamente.

Interesaba no despertar sospechas.

Entonces don Sebastián añadió:

—No tenga usted miedo, mi adorada. Vengo a guardarla de cualquier intruso.

Y el capitán dictó a Lucía estas palabras:

—¿Cómo voy a temer nada, teniendo cerca de mí a tan bravo defensor?

Halagado, don Sebastián se apartó de allí con sus hombres, deseando que pronto fuese el día siguiente, para volverla a ver y hablarle.

Entonces el capitán, disponiéndose a marcharse, pues era indispensable, para que no sospechasen de él, que Popolo lo encontraba durmiendo en el jardín, dijo a Lucía, cuya belleza había despertado en su apasionado corazón la llama viva del amor:

—Por este anillo que vuelvo a lucir como

mascota mía, le prometo jugarle la vida para conseguir su libertad... y su felicidad.

Ella dió un suspiro, revelando la emoción que embargaba su alma ante el apuesto salvador, y éste, sin poderse contener, la estrechó con frenesí contra su pecho y la besó, desapareciendo después, inmunizado, al parecer, de todo peligro por aquel beso.

Lucía creyó desmayarse de dicha, y al reaccionar acaricióse los labios que acababan de saber por vez primera de la caricia de un hombre.

El capitán saltó desde el balcón de la habitación de Lucía al jardín y tumbóse de nuevo sobre la arena.

A poco pasaron junto a él don Sebastián y Popolo, y el primero preguntó al segundo, viendo la juventud del "durmiente" y la casualidad de que se hallase debajo mismo del balcón de Lucía:

—¿Quién es ese mozo?

Popolo dijo:

—Dicen que pertenece a la pandilla de Brazo Fuerte. Es un borracho poco recomendable.

Don Sebastián frunció el ceño. Piensa mal... y no errarás.

Despertaron al capitán, que fingía una borrachera descomunal, y el esbirro ordenó:

—Llévalo mañana al Tribunal.



—...le prometo jugarme la vida para conseguir su libertad.

Al día siguiente, el capitán Recio iba a ser juzgado por el amo y señor de la isla del Castillo.

Empezó el interrogatorio del magistrado de ocasión.

—¿Quién es usted? — preguntóle.

—Señor, soy un simple y honrado pirata de la banda de Brazo Fuerte.

—Sí, ¿eh? ¿Por qué no te marchaste cuando lo hizo tu gente?

El capitán se echó a reír y dijo:

—El vino, la música y las bellas mujeres de vuestros dominios son los culpables de ello, señor.

Hábil respuesta. Nombrar a las mujeres y al vino... orejas abiertas y sentidos al descubierto. Que contase... que contase...

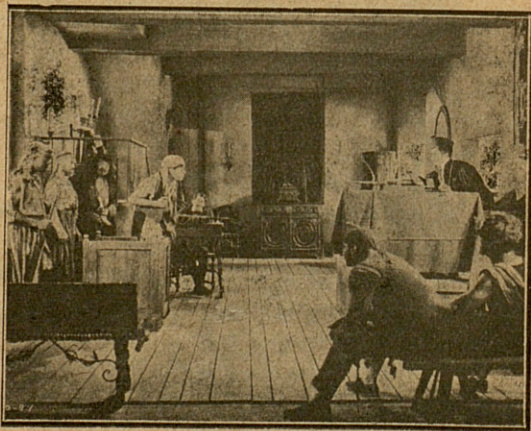
—Además, no me atreví a seguirlos. Cierta bella amiga de Brazo Fuerte puso sus ojos en mí y...

Con ocurrentes detalles, dignos del mejor

clown de circo, refirió la aventura, falsa, desde luego, como se supone.

Y terminó, provocando la hilaridad de todos, incluso del juez:

—Ya ve, señor... Para salvar el pescuezo no me cabía otro recurso que dejar marchar



—¿Quién es usted?

a Brazo Fuerte sin mi compañía... y tal vez me lo haya agradecido.

¿Qué fallo pronunciará el tirano?

Se había tragado el anzuelo y dijo:

—Está bien... Quédese aquí... pero tenga

cuidado sobre qué mujer pone sus miradas.

Brincando de gozo el capitán Recio salió del Tribunal y fué al patio de la hacienda de los Castillo. Deseaba ver a Lucía, y para reclamarla al balcón tocó la guitarra y así cantó:

*San José vigila
sobre nosotros,
y nunca ha de faltarnos
su protección.
Muy pronto juntos
navegaremos
y encontraremos
lugar seguro para los dos.*

Pronto se vió rodeado de numerosos curiosos ávidos de sus juegos de manos.

Lucía estaba ya en el balcón. La voz del hombre fuerte, de su salvador... del hombre que la había besado, la atrajo irresistiblemente.

El capitán, muy respetuosamente, le dijo:

—Haré algunos juegos de manos con las cartas, si el ruido no molesta a la señorita.

Lucía inclinó la cabeza expresándole su asentimiento.

Y el capitán prosiguió:

—El juego es el siguiente. La reina de bastos está prisionera del caballo de espadas. De

pronto la reina se escapa... Y el caballo la persigue.

* * *

—Pero ¿no habrá quien salve a la pobre reina? — preguntó un chiquillo.

—Espera... otra carta sigue al caballo. Vámonos a ver quién es — repuso Recio.

De un salto se encaramó al bajo balcón de la amada, como para que viese mejor el juego, y el chiquillo volvió a preguntar:

—Bueno... ¿Quién va a salvar a la reina?

—¡El rey de bastos! — exclamó el capitán. Y acercándose a Lucía, añadió:

—Ha visto una sola vez a la reina, pero está enamoradoísimo de ella.

—¿Y cómo se arreglará el rey para salvarla del caballo? — volvió a preguntar el chiquillo.

—¡Tened paciencia! Voy a consultar las cartas ahí dentro y pronto lo sabréis — manifestó Recio, y desapareciendo presto de allí se hizo conducir por Lucía al lado de don Carlos, que estaba, muy enfermo, en el lecho.

—¡No pierda la esperanza! Esta noche espero escaparme a la Habana en busca de auxilio — le dijo lleno de optimismo.

—¡Oh, gracias, capitán! — murmuró el paciente.

Pero don Sebastián con Popolo vió a Recio en el momento que entraba, por el balcón, en las habitaciones de los Castillo, y tuvo la evidencia de que se trataba de algún amigo de aquéllos llegado para socorrerles en su desamparo. ¡Lo que temiera! ¡Ah, cómo le iba a castigar!

Penetró bruscamente en la habitación de don Carlos, con Popolo y varios hombres, y sonriendo cínicamente, seguro de su omnimodo poder, dijo:

—Por lo visto he llegado a tiempo.

Recio no se arredró y contestó sin vacilar:

—Espero que su partida sea lo único que haga usted a tiempo.

Don Carlos se incorporó y tratando de intimidarle dijo al esbirro:

—Le advierto que este caballero es el capitán de dragones don José Recio, y si lo atrepella usted, puede que luego se arrepienta.

Don Sebastián titubeó unos instantes, al cabo de los cuales dijo, como iluminado súbitamente, a Popolo:

—Tú oíste a este hombre jurar en el Tribunal que era un pirata, ¿no es cierto?

—¡Sí!

—Pues como pirata... será ahorcado.

Recio se abalanzó a don Sebastián, dispuesto a quitarle la vida para acabar con sus males, pero los sicarios estaban allí y en gran número. Acorralado, el bravo capitán se vió forzado a entregarse preso.

Don Carlos, caballero de sangre pura, no



...se abalanzó a don Sebastián...

pudo presenciar pasivamente el atropello y al tratar de prestar apoyo a Recio fué derribado por don Sebastián... y su corazón no pudo resistir más emociones,

Apenado, Recio intentó aún resistirse a seguir a los mercenarios del tirano, para reunirse con Lucía, que sollozaba abrazada al cuerpo de su pobre hermano, pero un viejo le fro-
ló el pecho con la punta de un cuchillo, amenazándole con hundírselo si no obedecía.

Ese viejo era Castro... y su amenaza un ardid. Guiñóle un ojo a Recio y éste ya no opuso la menor resistencia.



Castro no descansó un momento desde que Recio fué encerrado en la cárcel esperando el momento de la ejecución.

Personalmente le proporcionó un cuchillo y le indicó que una parte del techo de aquella celda era muy frágil.

Luego vió a los prisioneros del "Reina Isabel" so pretexto de que les llevaba la comida, y les dijo:

—Aquí tenéis una sopa para vuestros gacates de marinero... aunque me figuro que más quisiérais una cuerda para escapar a vuestro barco.

—¡Quién lo duda! — exclamó uno de los marineros, en nombre de todos.

—Pues aquí la tenéis. Aprovechad la oca-

sión. En estos momentos se verifica el entierro de don Carlos, el que fué el hombre más noble de la tierra, y el pueblo entero se ha unido al cortejo fúnebre.

Y huyeron.

Recio también lo hizo, añadiéndose al cortejo como un encapuchado más, portador de una cruz.

Al llegar a la iglesia, Lucía y el monje consejero de la familia se apartaron a un lugar reservado y allí se les reunió Recio, huyendo con su amada hacia el "Reina Isabel", donde los estaban esperando los marineros salvados por Castro y éste mismo.

Pero don Sebastián tuvo conocimiento de la fuga de Recio, de Lucía y de los marineros, y ciego de furor precipitóse al muelle, ordenando que se hicieran a la mar todas las barcas de piratas para dar alcance al barco y reducir a la impotencia a los rebeldes.

Castro vió el peligro, y como Recio y Lucía no habían llegado aún al barco y era innminente el asalto de los piratas, decidió, de común acuerdo, que uno de los marineros o él mismo, si le tocaba en suerte, volase la Santa Bárbara cuando los piratas besaran el costado del barco. En tanto los demás huirían en los botes de salvamento mar adentro con la es-

peranza de encontrar un barco que los condujese a buen puerto.

Y así sucedió.

Los piratas, ajenos a la heroicidad del marinero elegido por la suerte, subieron al barco y volaron por los aires horriblemente mutilados.

¡Era un castigo del infierno!

Recio y Lucía se acercaban en bote al barco y al verle volar regresaron a la playa, por el lado de unos imponentes acantilados.

Don Sebastián y su gente trataron de darles alcance, pero Recio descubrió una gruta natural y ocultóse con Lucía en ella.

Popolo y varios hombres se acercaron a dicha gruta, pero su temeridad fué castigada en Popolo; a quien Recio, que tenía una pistola, hirió en un brazo.

Nadie más quiso acercarse a la gruta y don Sebastián aceptó la idea que le propuso Popolo de rendirlos por el hambre, excitando su apetito asando corderos allí mismo y bebiendo sin tasa.



Los infelices enamorados pasaron tres días torturados por el hambre y la sed.

Y ya desesperaban, cuando Recio vió balancearse en la abertura de la gruta una botella de agua a cuyo cuello estaba atado un papel.

¡La salvación!

Eran noticias de Castro. Anunciaba la llegada de tropas de la Habana. No tardarían más de una hora.

Entonces Recio, llevando en brazos a Lucía,



...brindó por una larga vida feliz.

salió de la gruta y se rindió, diciendo a don Sebastián:

—He perdido, *amigo mío*. Si me dais de comer durante una hora... moriré contento.

—¿Y la señorita? — preguntó el esbirro.

—Forma parte del convenio, *amigo mío*.

Se dirigieron todos a la hacienda y en ella don Sebastián, Lucía y Recio se dieron un banquete.

Recio contaba los minutos que faltaban para que llegara el auxilio. Se entretuvo en una serie interminable de pequeños detalles y muy optimista, desconcertando a don Sebastián, brindó por una larga vida feliz.

¿Se había vuelto loco? ¿No veía ya colgar del patíbulo la cuerda que le quitaría la vida?

—¡Esa cuerda es para ti, maldito! — rugió el capitán.

Llegaron las tropas; y don Sebastián, al que Recio podía matar al iniciarse la pelea entre él y varios hombres, fué detenido y sería ejecutado inmediatamente:

Y renacida la calma, Recio preguntó *algo* a Lucía... y ésta no supo negarse a entregar a su "pirata" el botín que pedía.

FIN

HOY SE HA PUESTO A LA VENTA

en las selectas

EDICIONES ESPECIALES

LA NOVELA SEMANAL

CINEMATOGRAFICA

la bellísima novela

El Príncipe estudiante

(Juventud de Príncipe)

principales intérpretes:

Ramón Novarro y Norma Shearer

MAGNIFICA PRESENTACIÓN

NO DEJE DE ADQUIRIRLA

[B.]